

De la interminable edad adolescente
Fragmento de la vida del poeta colombiano Raúl Gómez Jattin

María Carmenza Hoyos Londoño
UdeA / UPB
Colombia
carmenzahoyos31@hotmail.com

Resumen:

Este texto hace parte de la biografía completa del poeta Raúl Gómez Jattin escrita en el marco de una investigación doctoral, orientada conceptual y metodológicamente por el método biográfico. La poesía fue fuente primaria, en tanto que el cruce de las fábulas biográficas en una lógica inductiva permitió la construcción de los acontecimientos de vida del poeta en vínculo con el contexto. Este fragmento es antecedido por los relatos sobre el origen de su familia y la niñez, y abre paso a narraciones posteriores sobre su juventud y adultez - donde desarrolló su obra poética- hasta su muerte a la edad de cincuenta y dos años. Con la escritura biográfica se buscó conocer al poeta al mismo tiempo que exaltar su gran obra, en aras de difundirla más allá de los relatos clichés sobre su locura y consumo de drogas.

Palabras clave: Raúl Gómez Jattin; poesía; adolescencia; biografía; fábulas biográficas; método biográfico.

Of the endless adolescent age. Fragment of the life of Colombian poet Raúl Gómez Jattin

Abstract:

This text is part of the complete biography of the poet Raúl Gómez Jattin, written in the context of a doctoral research, oriented conceptually and methodologically by the biographical method. Poetry was a primary source, taking into account that the crossings between the biographical fables in an inductive logic allowed for the construction of the life events of the poet linked to their context. This fragment is preceded by the origin of Gómez Jattin's family and his childhood, and becomes a starting point to further narrations about his youth and adulthood when he wrote his poetic work until his death at the age of fifty- two. With the biographical writing, the research undertook the task of getting to know the poet and exalting his work at the same time, for the sake of promulgating it beyond the clichés about his madness and his drugs consumption.

Keywords: Raúl Gómez Jattin; poetry; adolescence; biography; biographical fables; biographical method.

Fecha de recepción: 14/ 12/ 2020

Fecha de aceptación: 25/06/ 2021



*Eres demasiado sensible muchacho
Recógete en los libros
en tu alquimia
en el calor de tu madre*
Gómez Jattin

Breve introducción

La escritura de la biografía de Raúl Gómez Jattin se dividió en etapas cronológicas comenzando por el asentamiento del apellido Jattin (de origen árabe) en la Costa Caribe Colombiana; siguiendo con la niñez; la adolescencia; la juventud (sus estudios en la Facultad de Derecho, paso por la vida teatral y primeros acercamientos a las drogas y la locura) y la adultez (el desarrollo de su vida como poeta) hasta su muerte. Esta construcción exigió una revisión conceptual de lo que en disciplinas como la Historia y la Literatura implica pensar y escribir una biografía, y dado que el campo bibliográfico es bastante amplio, al igual que las posturas teóricas, para dicha elaboración conceptual se tomaron textos y autores con los cuales el trabajo conservó afinidad semántica y discursiva, tales como Jacques Le Goff, Giovanni Levi y Carla Bruno. El trabajo no desconoció la importancia de la construcción biográfica como lo propone la Historia y conservó vínculos afectivos con la biografía literaria, por eso se puede decir que es un texto híbrido de estas dos tendencias. En este sentido, se espera no trasgredir algún orden o principio al afirmar que la escritura se entendió desde la realidad o lo real, o como un acto “no ficcionado” construido a partir de documentos primarios y secundarios sobre la vida de Gómez Jattin (incluyendo la poesía), más la narración de los acontecimientos usando como material las “fábulas biográficas” (relatos orales o escritos), además de la interpretación de su vida y su obra con un tinte subjetivo, dado que hablamos de un poeta que se ha venido convirtiendo en mito y que el deseo de quien escribe puede sucumbir, en palabras de Jorge Luis Borges a la “tentación literaria de acentuar o agregar algún pormenor” (2002: 401). Es importante decir que la escritura del investigador puede estar mediada por los afectos y las comprensiones estéticas de los acontecimientos y de la poesía misma, por lo cual la narración algunas veces podría resultar un tanto poética. La biografía no busca comprobar los acontecimientos, aunque el trabajo investigativo para escribirla se hizo con rigor bibliográfico y respeto por las fuentes. En los párrafos que siguen se cuenta la adolescencia del poeta Raúl Gómez Jattin.

La adolescencia

Raúl Gómez Jattin comenzó una adolescencia temprana, y a diferencia de otros que tuvieron que experimentar sus alquimias a escondidas de los padres, fue bajo la tutela de la madre como conoció los



placeres del tabaco: “A los nueve años mi madre me enseñó a fumar” (Gómez Jattin en Alvarado 1988: s/p). Este evento ocurrido en 1954, mucho antes de su partida a Cartagena a donde iría a estudiar el bachillerato, -primero en el León XIII y luego en el Colegio de la Esperanza-, retrata la apacible complicidad entre madre e hijo y también las tendencias liberales de Lola. Es irónico que una práctica tan masculina desde los años 50, publicitada por fuertes vaqueros en sus caballos, fuera adquirida bajo la tutela femenina y no por la del patriarca, pero no nos sorprende del todo puesto que de Lola aprendería las herencias más placenteras, las que reforzaría posteriormente con el ejercicio de la poesía: “...subyuga mi corazón una feminidad fortalecida en el arte...”, reconoció el poeta (Gómez Jattin 1995: 101). Inequívoco es entonces decir que por aquellas décadas muchos adolescentes empezaron a consumir tabaco sin filtro después de la petición que les hiciera alguna abuela o tía de “préndeme el cigarrillo” y se quedaron enganchados en su sabor dulzón. Lo mismo le ocurrió a Carlos Gómez en manos de su tío, pues Raúl le daba vino cuando era niño y le decía “¿cómo así, tú quieres fumarte un cigarrillo?, ¡pues fúmate un cigarrillo!” (De Ory 2004: 294).

Además del tabaco, otros goces le llegaron a Raúl a sus nueve años, como en la historia en donde las sirvientas lo enviaron a hacer la diligencia a lomo de burra y después salieron alborozadas a recibirlo con arroz en la cabeza, celebrando su iniciación sexual con el animal (Fiorillo 2004: 144). Muy a propósito de empleadas domésticas, en el poema “Donde duerme el doble sexo” describe un encuentro amoroso con una de ellas: “La cocinera hace todo / Se levanta la falda / y lo trepa a uno a su pubis / Te pone las manos / en las nalgas y te culea en esa ciénaga insondable / de su torpe lujuria de ancha boca” (1995: 105), motivando a que el lector sospeche que este príncipe adolescente, común a su clase social, también experimentó los placeres de Eros con las mucamas de su casa. No obstante, el poema presenta una distancia estético-erótica entre ellos, pues, aunque el placer es mutuo, la boca de la sirvienta es la que se abre en torpe lujuria. Estos versos resultan muy costeños por la presencia de la ciénaga y el alborozo sexual de la mujer Caribe, cuya característica además de la amplia cadera, es su boca prominente. En otro poema recitará “No era bella / pero tenía un picor que la cimbraba / del clítoris a los ojos / de la mano al cuello” (133), para dibujar el fervor sexual de una mujer del Caribe. Es imperioso decir en este punto, haciendo un inciso, que Raúl no fue irrespetuoso con las sirvientas, pues ante las injusticias contra ellas, decía: “¡Cobarde! Regaña, pelea, humilla a una persona de tu mismo estado o si eres bravo atrévete a humillar a uno grande, mejor que tú, con más dinero o con más fuerza, pero nunca se te ocurra humillar a una persona más débil” (De Ory 2004: 121).

Vale la pena ampliar que en la Costa Caribe colombiana se habla sin tapujos de las experiencias sexuales y sobre los órganos genitales, aunque algunos consideren que se trata de un léxico que raya en lo vulgar. La obra de Gómez Jattin no escapa a esa condición en tanto incluye expresiones como “crica”,



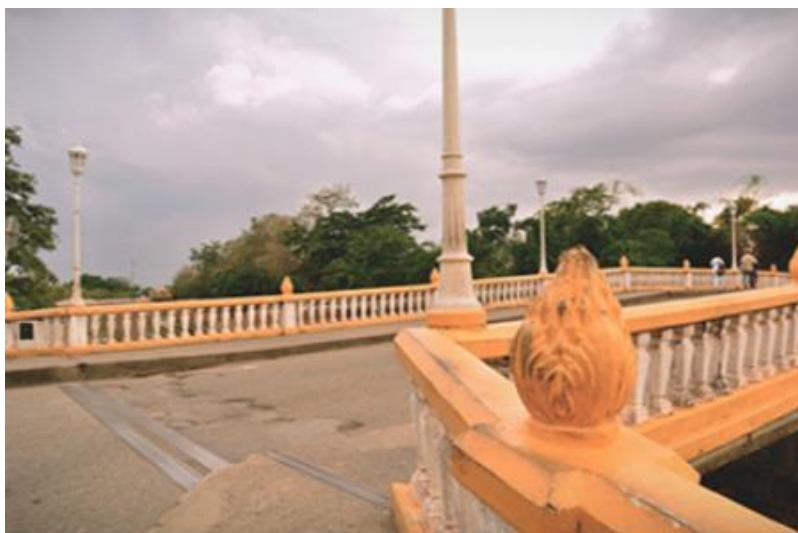
“de fornicación lento”, “culear”, “arrecheras”, “pajazos”, “verguita”, “polvos” y “caliente como perra en celo”. Pero no se trata aquí de hacer una lista semiolingüística, sino de resaltar que algunos de estos modismos fueron recurso narrativo en su poesía para vigorizar esas experiencias sexuales de los nueve años: “Nos íbamos a culear burras después del almuerzo / Con esas arrecheras eternas de los nueve años” (1995: 103), y “Le gustaba a esa virgen de diez años / le sobara inter fémora y la besuqueara / en las chácaras Me le decía al pájaro el papi lindo” (143). Fue una época precoz y Raúl era demasiado libre, pero no fue su culpa, pues “los costeños tienen más alborotada la libido y la sexualidad” (Dos Santos 2016: s/p).

En tal conocimiento de su cultura, no nos asombramos de que el poeta tan abiertamente hubiera narrado su primera visita a un burdel. La historia sucedió cuando tenía catorce años, un primo árabe que era mayor le mostró los secretos del ron y el camino hacia un lugar caro y lujoso en donde había un alegre grupo de quinceañeras. Del miedo Raúl se orinó en los pantalones. El espacio estaba lleno de “luces multicolores y plantas tropicales, ubicado cerca de Tesca, rodeado de mar muerto y hediondo” (Alvarado 1988). En su relato sobresale la imagen de una mujer de ojos verdes que le inspiró una profunda timidez porque tenía algo de maternal en su ánimo. Muchos percibieron que Raúl Gómez Jattin era homosexual, incluidos los miembros de su familia, pero no por eso se puede sostener que el primo lo llevó al prostíbulo para que dejara su naturaleza. En Colombia, el rito de iniciación sexual con una meretriz para abandonar la castidad masculina es común a varias clases sociales y culturas, máxime si se sospecha que el joven se inclina por los varones. Buscamos una referencia suya de ese prostíbulo, pero solo encontramos las siguientes: “...es carne de hospital y de presidio / lo que esa putica camufla en su esplendor” (1995: 29); “ese espejo tiene algo de alcahuete de la vida / De generoso prostituto que me regala una maldad” (82); y, por último, “Sabía agrandar con su belleza y sus sonrisas, y su juventud sensual de hembra en flor / Perezoso / No le gustaba pensar ni trabajar / Vivía de los hombres (45). Versos como estos sobre lo sexual o sobre lo inmoral le costaron el rótulo de poeta maldito, pero ante tal denominación Gómez Jattin replicó: “malditos sean los que creen que soy un poeta maldito. No me interesan esas antinomias. No viví del alcohol ni con prostitutas. Fui un hombre de religión. Fui panteísta” (Gómez Jattin en Fiorillo 2004: 80). Interpretamos esta anarquía como el deseo de que su obra poética fuera reconocida en un sentido más amplio, como poesía universal, más allá de las clasificaciones de las escuelas poéticas y de lo marginal de su existencia. Con su sentencia es claro que resalta el valor ontológico de su poesía: “Soy el único escritor maldito que se acuesta temprano”, dijo en broma, pero maldijo en serio, a quienes lo llamaban maldito” (Gómez Jattin en Fiorillo, 2003, s.p).

Años atrás, Martha Isabel Cabrales, amiga de la infancia, contó que cuando Raúl tendría unos diez o doce años, los padres vendieron la casa del Barrio Venus (“planeta Venus”, como le decía Raúl) y se



fueron a un lote más grande ubicado en la calle Cartagenita del barrio Corinto en Cereté. Durante las tardes el patriarca llevaba a Raúl, como le decían en la casa, “a contemplar el atardecer desde la orilla del Bugre, el río que atraviesa a Cereté, y un viejo puente de madera que debía cruzar en esa época para llegar hasta el centro de la ciudad” (De Ory 2004: 16). A ese viejo paso, según Lena Reza, Raúl le escribiría sus primeros versos. También Sara Ortega de Petro, la hermana de crianza de los Gómez Jattin, afirmó en consonancia con Lena, haber visto escribir a Raúl desde sus trece años: “recuerdo sus frases de garabatos grandes” (Gómez Jattin en Fiorillo 2004: 140). Esta semblanza del primer lugar que inspiró su poesía, en compañía del padre por lo demás, nos permite inferir que, del vértigo sexual preadolescente en Cereté, Raúl pasó a una mocedad más contemplativa y solitaria que, como se sabe, tuvo por marco a la ciudad de Cartagena.



Puente sobre el caño Brugre. El puente es la segunda estación de “La ruta de Raúl”, recorrido en Cereté organizado por la Casa Cultural RGJ. La foto pertenece al recorrido.

Los que conocieron a Raúl Gómez Jattin supieron de lo mucho que amó a Cartagena; de hecho, declaró que “La ciudad amurallada” fue un paliativo para el dolor que le produjo la separación de sus padres: “Frente al mar olvidaba aquellos hombres rudos / mensajeros de un mal que hoy me parece triste / Autoridades fieras del poder de los otros / Agresores gratuitos del niño que yo era” (1995: 62). El paso de la niñez a la pubertad representó el abandono de una época feliz hacia un tiempo de mayor consciencia y aflicción. Sobre el dolor de esta segunda temporalidad y de la escritura como tal, Jattin detalló que todos los días, después de salir del colegio, se escapaba a la muralla y al mar para recoger conchas y caracoles y a escribir una pequeña novela sobre su madre y su familia. En este relato de nueve páginas, narra la fuerza emotiva de Lola y su relación a veces conflictiva con sus familiares y la

separación obligada de los hijos que tuvo del primer matrimonio, también sobre su soledad y desamparo en la casa de su abuela, ubicada en la calle de la Mantilla en el centro de Cartagena (Alvarado 1988). Sobre este texto no se tienen noticias, pues como ya se dijo, su tía Helena Safar lo desapareció.



Colegio De la Esperanza, de donde se graduó como bachiller el poeta Raúl Gómez Jattin. Está ubicado en Cartagena de Indias y fue fundado en 1870. Foto tomada de la página oficial del colegio.

En ese esplendor –inimaginable– de La ciudad amurallada, declaró Raúl haber refugiado toda su soledad e imaginación en el cine. Como un buen cinéfilo recordaría que la primera película que vio en Cartagena siendo ya adolescente fue *Velvet con la Taylor*, haciendo referencia a *Nacional Velvet* o *Fuego de Juventud*, dirigida por Clarence Brown (1944) y protagonizada por la joven Elizabeth Taylor, que en la historia quiere salvar a un caballo de ser sacrificado. También hablaría de las decenas de filmes del Oeste que apreció –hasta diez y doce películas semanales, según sus cálculos–. En detalle contó que el 23 de octubre de 1958 cuando tendría unos 13 años comenzó a ver *El último Cuplé* de Sarita Montiel, durante trece sesiones consecutivas. Admiraba mucho a esta artista. En 1959, a los catorce años, vio *Vértigo* de Alfred Hitchcock y le fascinó (Alvarado 1988). Su pasión por el cine fue compartida con Gabriel, a quien conoció cuando este medio hermano, tendría unos veinte años. Gabriel doblaba en edad a Raúl y antes de dedicarse a brujo y a vivir en un árbol, también fue poeta. Los hermanos iban juntos al cine los sábados y después a recorrer las calles y los barrios de Cartagena. Pero, además, Raúl también visitaba el cinematógrafo los domingos con sus dos tías maternas Helena y Juana Safar, pues a ellas les interesaba la suerte de los actores cinematográficos, además de que gustaban de escuchar atentas los análisis que Raúl les hacía sobre las películas, con una agudeza de lector aprendida del padre. Quizás esta pasión

cinéfila alimentó la curiosidad por la actuación que años más tarde exploraría en el teatro en su época de estudiante de Derecho en Bogotá.

Para comprender un poco sobre el vínculo que Raúl Gómez Jattin construyó con el cine durante su adolescencia, revisemos la historia de la llegada del séptimo arte a Colombia, y particularmente a Cartagena. El hecho ocurrió el 13 de abril de 1897, en tanto que las principales ciudades colombianas inauguraron sus plantas eléctricas y estrenaron sus teatros para recibir los espectáculos provenientes de Europa y de Estados Unidos. La Costa Atlántica fue puerta clave de este ingreso y Cartagena celebró su primera función el 22 de agosto del mismo año (El'Gazi 1997). Según Chica Geliz (2014), entre los años de 1936 y 1957, La ciudad amurallada experimentó un proceso de apropiación social de la modernidad cultural a través del consumo del cine mexicano en su época de oro. En dicha coyuntura, la actriz Sarita Montiel, española que también tenía nacionalidad mexicana obtenida en 1951, logró gran promoción internacional y se convirtió en la diva de habla española mejor pagada de su década, fama equiparable a la que logró la inglesa Elizabeth Taylor con su papel de Cleopatra. Por otra parte, la arquitectura colonial de los teatros, el aire acondicionado, la cómoda silletería y las historias de la vida barrial, hicieron del cine cartagenero un espacio simbólico, “como una autocomprensión colectiva que se regodeaba con las ofertas identitarias de los melodramas del cine hablado en castellano” (Chica Geliz 2014: s/p). Más adelante, el auge de la apreciación cinematográfica en Cartagena en la década de los años 60 se vincula con la consolidación de los medios de comunicación en Colombia, con los mercados urbanos y sus consumos en el tiempo libre, además con las nuevas actividades informativas y de entretenimiento. No es de extrañar pues que este lenguaje auditivo, narrativo y venido de otros contextos, fuera atractivo para el adolescente Raúl de trece años, quien seguramente en el cine andaba buscando conceptos e imágenes humanas y culturales para sus poemas.

Fue elegante en sus elecciones cinéfilas y también en otros asuntos. A los trece años le iba bien en las tareas escolares y le ayudaba a sus compañeros porque tenía conocimientos excepcionales en varios campos. Su sobrino Miguel Gómez cuenta que en las clases de historia griega o de historia general del bachillerato, Raúl corregía con modestia a sus maestros: “profesor, me perdona, pero eso no fue así y se sentaba en la palabra al punto de que los profesores lo dejaban terminar la clase” (Gómez Jattin en De Ory 2004: 127). Sin embargo, cuando estaba cursando tercero de bachillerato (lo que hoy es grado octavo), le estaba yendo mal en el colegio. Su padre le dijo que no se complicara y regresó un año a Cereté a descansar, pero luego retornó a Cartagena a terminar la secundaria con tanto éxito que ganó el premio Coltejer a los mejores bachilleres de Colombia (De Ory, 2004: 127). Hay un poema que refiere dicho entendimiento, en el que admite con tristeza que fue un tiempo que ya pasó: “Mi mejor alumno en historia Universal”.



Tiene un talento indudable para la disipación
aquel que fue
mi primer alumno en historia universal

De aquel adolescente que admiraba
los dioses griegos
no queda casi nada
Unos ojos atentos
Unas cuantas palabras inteligentes
(2019: 49)

Su primo lejano, el periodista Juan Gossaín, también de ascendencia árabe, recuerda los años de adolescencia que pasaron juntos en Cartagena. Dada la belleza y generosidad de sus palabras con respecto al poeta, las transcribimos literalmente para no dejar escapar ningún detalle de este maravilloso retrato, que transcribimos del programa radial de HJCK, *Homenaje a Raúl Gómez Jattin* (2007):

Entre Raúl y yo existía un parentesco lejano, ya casi borroso. Su familia Jattin y mi familia Gossaín, están emparentados entre ellos, pero más que parientes éramos cómplices, que es mucho más importante. Cuando tendríamos alrededor de 13 años hasta los 16 o 17, yo era estudiante en el Colegio de la Esperanza, en Cartagena, estudiante interno. Raúl que iba un poco más adelantado que yo, en los estudios, era estudiante externo. Lo que me asombra ahora es recordar el motivo por el cual Raúl era más admirado y apreciado en el internado, por su compostura física, ¡imagínese usted!, era el hombre más elegante del colegio. Me parece estarlo viendo, gordísimo, no el ser humano huesudo que los colombianos conocieron al final cuando aprendieron a admirar su obra poética. No, era un hombre muy gordo, muy alto, que se ponía los pantalones, se metía siempre la camisa por dentro; los jóvenes acostumbábamos a andar con la camisa suelta, ancha, él no, él era tan delicado en esa materia que siempre se metía la camisa por dentro, y el pantalón le quedaba muy arriba. Yo le tomaba el pelo diciéndole “Raúl tú puedes sacar el pañuelo del bolsillo de atrás como se sacan las flechas por encima del hombro” porque tenía el pantalón muy alto. Se bañaba tres veces al día, tenía una obsesión por el aseo personal, pero no solo el aseo, es que hay otros detalles que hablan de cómo cambió la personalidad de Raúl con el paso de los años. En aquellos tiempos juveniles, por ejemplo, cada estudiante andaba con un pedacito de lápiz, Raúl tenía sus lápices siempre en orden, se los ponía en el bolsillo de la camisa de mayor a menor, del más alto al lápiz más corto, y siempre en orden: uno negro, uno rojo, uno verde, uno azul... hasta esos extremos llegaba su afán por estar siempre bien puesto. En el colegio era famoso Raúl Gómez por eso. Creo que ya era poeta, lo que no tenía era poemas, es decir, yo no recuerdo haber hablado con Raúl de tantas veces que hablamos, jamás, sobre poesía o sobre su obra poética. A él lo obsesionaban las clases del colegio, era un estudiante aplicadísimo que además hablaba todo el día sobre su madre Lola Jattin a quien todos nosotros en la familia llamábamos la tía Lola (s/p).

De los muchos detalles que proporciona Gossaín sobre lo admirable que era el Raúl de los 13 a los 17 años, vale la pena detenerse en la idea de que aunque para la época no hubiera hecho público ningún texto, “ya era poeta, lo que no tenía era poemas”. Para Platón, la poesía es locura “divina” y poetizar es



entonces una “gracia” o un “don” (Lledó 2008: 84), así que Gossaín pudo advertir en Jattin dicho *don*, sus preocupaciones estéticas, sensibilidad y capacidad de lenguaje, lo delataron. Raúl ya tenía las condiciones existenciales propias de un poeta, lo que estaba descubriendo eran las metáforas precisas para dar cuenta de su mundo interior. Ante los ojos de Gossaín, ya presentaba *una indiscutible propensión a la poesía*.

Cuando todavía era un adolescente de quince años y ante las afugias económicas de su familia, el padre lo convenció de dictar clases de historia y geografía en la secundaria de un colegio de Cereté. Desfilaron por sus aulas las leyendas sobre Eurípides, Pandora, la Osa Mayor y la cartografía de España e Italia..., y fue tanta su motivación que hasta se atrevió a escribir cartas al estilo platónico que, según el poeta por fortuna, pero también por respeto a la filosofía, desaparecieron (Fiorillo 2004: 43). Fue notoria y determinante esa temporalidad e impactó su obra, esto puede advertirse en *Hijos del tiempo* (1989), en donde los personajes míticos de los que habló en clase se convirtieron en seres enteramente cotidianos (Fiorillo 2004: 57).

Es incuestionable que en la transición adolescente ya tenía intereses artísticos, pero no pudo expresarlos por la presión y la censura de su contexto familiar y social. Desde varias décadas la poesía no es una vocación representativa de los valores de la modernidad: “El poeta no es visto con esa aura de virtud y de espiritualidad de otros tiempos; ahora es un personaje marginal” (Bermeo 2017: s/p). Gómez Jattin se reconocía imperfecto, quizás porque la plenitud del artista está en la ejecución de la obra: “Había sido imperfecto con una existencia muy complicada”, dijo. También admitió: “No encontraba mi manera de ser como artista y llegué a serlo ya viejo” (Gómez Jattin en Fiorillo 2004: 59). Dentro del mundo poético Gómez Jattin es un poeta tardío si se le compara con autores como Rimbaud o Poe, quienes a sus 16 años ya habían publicado los primeros *dossiers*. Sin embargo, Octavio Paz también se denominó a sí mismo poeta tardío, pues, aunque publicó por primera vez a sus 23 años en 1937, afirmó que su primera verdadera gran obra es de 1949, es decir al cumplir los 35 años de edad. A los 35 años, justamente, Gómez Jattin logró su primera aparición editorial con *Poemas* (1980). De cualquier forma, no creemos que haya que comparar los procesos creativos de nuestro poeta con otros, ni señalar desde cuándo fue propiamente un rapsoda. Lo cierto es que desde niño y más aún desde la edad adolescente, gustaba de las artes, el cine, pintar, cantar en español, inglés e italiano, escribir y disfrutar de la buena comida. A los 16 años ya era un sibarita de 1.80 metros de estatura, barbado, con una fuerte voz masculina y presencia escénica, aunque él mismo se considerara “feo porque tenía grasas y mucho acné” (Gómez Jattin en Fiorillo 2004: 70).

Es común encontrar en los relatos de sus amigos y parientes, la referencia a su volumen corporal, también a su imponente voz y por supuesto a lo voluntarioso que pudo llegar a ser Raúl Gómez Jattin.



Para hacerse a una imagen de estos tres asuntos tomemos la memoria de su medio hermano, cuando relata que a los trece años fue inyectado por primera vez y ante su resistencia fue necesario que lo neutralizaran varios hombres, tomándolo por los pies, las manos y la cabeza hasta que lograron subirlo a una camilla. Resulta divertida la escena porque el padre, que se sabe que medía 1.50 de estatura, le preguntó al consentido Raúl qué le había pasado y la respuesta del hijo fue “me cayeron esos tipos papá”, y levantó los brazos “como en un entierro de hormigas”, referiría Gabriel Chadid (citado en Fiorillo, 2004, p. 138).

Gómez Jattin anduvo como un muchacho por la vida, buscando amigos con quienes ponerse de acuerdo para hacerle una maldad a la maldad (Fiorillo 2004: 73), esto fue hacerse querer a través de la poesía. Los versos que dieron el título a este artículo, “De la interminable edad adolescente”, fueron tomados de *Elogio de los alucinógenos*:

De la interminable edad adolescente
otorgada por la cannabis sativa diré
un elogio diferente Su mal es menos bello
Pero hay imágenes en mi escritura
que volvieron gracias a su embrujo enfermizo
(1995: 97)

Raúl expresó cuando era adulto que necesitaba de un estado de exaltación, de capacidad de asombro para escribir sus poemas y que se alteraba cuando lo hacía. La marihuana es buena, -repetía-, ayuda a la imaginación” (citado en Fiorillo, 2004, p. 105). Pero la cannabis sativa que llegó a los 25 años, no fue lo único que derivó sus primeras alucinaciones, pues fueron los polvos químicos que de niño le dieron los padres para curarle el asma. Así mismo, vivió otros delirios durante la adolescencia, los que según Gabriel Chadid, experimentó como “el paso de unos muchachos que él sintió que lo atacaban con culebras en las manos” (Fiorillo 2004: 108). De este modo, el período de la adolescencia construido a partir de las fabulas biográficas sobre el poeta, que va desde los 9 años hasta los 17 años, conserva en común con la niñez una presencia, -pequeña pero significativa-, de la locura como parte de su mundo interior y de sus contradicciones.

Resulta irónico leer, por un lado, que algunos no reconocieron el poeta que había en él siendo niño y adolescente, y que por sus ocurrencias o genialidades lo tildaron de loco, en tanto que otros pudieron intuir esa vocación latente. Joan Manuel Serrat advirtió que “Raúl era uno de esos grandes artistas que da la impresión de que hace falta que se mueran para que alguien les trate bien” (De Ory 2004: 370), y no estaba equivocado, pues después de su muerte es como se ha ido erigiendo la leyenda. Así, se han ido germinando las frases adjetivadas como: “en la adolescencia se le conoció como el maravilloso, por la habilidad de construir chispazos retóricos y poéticos” (Gabriel Chadid en Fiorillo 2004: 138), o “En esa



época Raúl hablaba de cosas tan rústicas y pedestres como el cagajón, el burro y las paredes de bahareque, pero lo hacía con tanta belleza y adorno que las convertía en poesía” (Amaury Díaz Romero en Fiorillo, 2004: 138). Se citan estos dos relatos, el del hermano y el del amigo, porque sus expresiones robustecen la idea de que en la etapa adolescente algunos sí pudieron verlo como poeta, o quizás como un devoto amigo de las palabras.

Eran las mañanas del estudiante que se despertaba con el calor canicular de Cartagena y bajo el llamado recio de su abuela Catalina, quien le exigía mucho. Esta *jida* era una bárbara, y en palabras de Gabriel Chadid, “caminaba cargando su enorme y flácido vientre entre los brazos, maldiciendo en árabe, amargada y cascarrabias” (Fiorillo 2004: 142). Ese “monstruo mitológico / con un vientre crecido / como una calabaza gigante” (Gómez Jattin 1995: 65), que le exigía que hiciera las tareas, que no fuera al mar, que no corriera, o que no jugara con otros niños y que lo trataba a fuetazos, era la autoridad y lo reprimía mucho. Su medio hermano Gabriel Chadid enfrentó alguna vez a Catalina por dicha represión, pero esta defensa al igual que las salidas de fin de semana por Cartagena y para ir al cine, tan solo durarían dos años, pues tuvieron que distanciarse. Cinco años después, cuando Raúl tendría 17, se le presentó a Chadid y este lo vio muy apagado, atacado por el acné y preso de una adolescencia tormentosa, pues había perdido la chispa de la infancia (Fiorillo 2004: 143).

Se sabe que a la par de su relación con las burras, licencia de sus nueve años y por lo cual alardeó, Lola se enteró del gusto de Raúl por los varones, y aunque pudo lamentarlo no intervino, pero cuando Joaquín Pablo, el progenitor, sospechó, ella no hizo otra cosa que negarlo (Fiorillo 2004: 144). El siguiente poema alude a ese secreto entre voces en su casa con respecto a su condición sexual: “La luna tenía 17 años / estaba entre las sábanas / no se sabía si era / una o un adolescente: / estaba callada (Gómez Jattin en Fiorillo 2004: 144). Sin embargo, el tema de la homosexualidad le interesaba a Raúl, pero estéticamente. Cuenta Luis Felipe Vásquez, compañero del Colegio La Esperanza, que Raúl nunca olvidó que en un trueque de libros que hicieron entre ellos, este le regaló el *Kaput* de Curzio Malaparte, pues en este volumen, además del tema de la segunda guerra mundial, se describen escenas homosexuales (Fiorillo 2004: 144). Quien se metiera con su sexualidad se ganaba su odio para siempre. Contó su hermano Rubén, que alguna vez encontró a Raúl jugando con unas vecinas y le dijo que esos eran juegos de maricones y por supuesto que no le gustó. La tía Helena, quien administraba una pensión de estudiantes en Cartagena, una vez le dijo en forma tajante “cállese, que usted es un maricón” y eso jamás se lo perdonó (Fiorillo 2004: 144-145). Sin embargo, aunque silencioso y soterrado en su vida, el tema del amor entre hombres fue reiterativo en su poesía. Encontramos versos como estos que narran encuentros adolescentes entre primos varones: “A los dieciséis me quería / y doña Lina nos hacía la tarde como una primavera / Bellos días con mi primo menor” (2019: 39), y “Hay una tristeza en el



perfume que me hiere / como si tú caballero escarlata Me hubieras olvidado / Como si tú primo enamorado y tierno / de repente hayas decidido / de repente hayas decidido abandonar donde te encuentres / todo aquello sentido y ocultado / Tal un corazón dentro de otro” (1995: 137). Pero en su obra desfilan, además de estas imágenes eróticas y amorosas entre primos púberes, otras referidas al amor entre hombres: “Esta noche asistirá a tres ceremonias peligrosas / El amor entre hombres / Fumar marihuana / Y escribir poemas...” (139). También en el poema “Ella se lamenta”, el sujeto narrativo femenino reconoce que el amor entre hombres implica unas acciones y una fuerza a otro nivel, que la hembra no puede superar:

Me hubiera gustado ser varón
para poseerte
Para darnos trompadas en señal de ternura
y de fidelidad
Para ponerme las botas de capataz
y cabalgarte desnudo
Para amenazarle con un revólver

Pero yo
Una mujer
Una simple mujer
¿Qué puede hacer de memorable
en la prosecución de un amor?
(1995: 108)

Aunque Raúl hubiera preferido no hablar de ese tema más allá de su obra, es valioso recordar que Álvaro Aleán, su alumno favorito de Geografía e Historia, contó que Gómez Jattin era aceptado por las mujeres, y que no era un tipo que se dejara abordar tan fácilmente. Refiere que Raúl lucía para la época un abundante bigote, -símbolo de virilidad y de poder en su raza árabe, aunque en los años 60’s fuera también una moda masculina en Latinoamérica-, toda su ropa por lo demás estaba en plena sincronía cromática. Aleán también narró que fue objeto de sus privilegios porque Raúl le conseguía libros prohibidos, pero una vez que le pasó uno de sus enormes brazos por el hombro, le reveló sus verdaderas intenciones, pues entre los textos viajaban las historias de amor entre varones o las angustias de un homosexual lapidado por su padre (citado en Fiorillo, p. 2004, 146).





Foto obtenida de: *Raúl Gómez Jattin: La incomodidad hace al poeta*, por Víctor Rodríguez Núñez (2019). Pertenece a la época en la que hacía teatro en la Universidad Externado de Bogotá, es decir que tenía más de 20 años.

De la interminable edad adolescente, época comprendida entre los nueve y los diecisiete años del poeta, se destacan las imágenes sobre su imponente porte y personalidad pulcra, su andar, hablar y vestir elegantes. Raúl fue un muchacho anticipado en muchos aspectos y al mismo tiempo un adolescente metódico. Aunque durante este período se hizo evidente su interés por la literatura y por la tertulia, aún no escribía públicamente, ni tampoco hablaba de estar interesado en el teatro, aunque era un apasionado del cine, los actores y los directores. El padre había reunido el dinero para enviarlo a Bogotá a estudiar Derecho en la Universidad Externado de Colombia y Raúl tendría que obedecer y hacer una vida independiente lejos de su hogar, de Joaquín, de Lola, de Rubén, de su abuela Catalina y sus tías Helena y Juana, y asumir de nuevo una segunda soledad. No obstante, Gómez Jattin “ya era poeta, lo que no tenía era poemas”. En el siguiente período de su vida este “Príncipe del Valle del Sinú” hará un desfile de su juventud erguida como un eucalipto, por las calles de Bogotá.

Ofrenda

Por ahí va Antonio
erguida su juventud como un eucalipto
aromada.
Mostrando su alma pura por le mundo
como un emperador de la tristeza y la nostalgia.
Por ahí va
Antonio
Y no lleva nada en las manos.
En sus ojos brilla la seguridad que es su fuerza
Antonio vara de azucena.
venado del alba.
Pez vela
(1995: 52)



Bibliografía

- Alvarado Tenorio, H. (1988). *Entrevista: Conversando con Raúl Gómez Jattin*. Disponible en http://www.arquitrave.com/arquitraveantes/imagenes_index/poetas/Raul_Gomez_Jattin/Jattin_harold_alvarado_entrevista.htm
- Bermeo Gamboa, L.C. (2017). *Lo difícil de ser poeta, una conversación con L.C. Bermeo*. Elpais.com.co. septiembre 21. Disponible en <https://www.elpais.com.co/entretenimiento/lo-dificil-de-ser-poeta-una-conversacion-con-l-c-bermeo.html>
- Borges, J. L. (1997). *Siete noches*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Chica Geliz, R. (2014). *El espacio urbano del cine en Cartagena 1936- 1957*. Historia y Memoria. 9: 247-272. Universidad de Cartagena. Disponible en <https://journals.openedition.org/alhim/5230>
- De Ory, J.A. (2004). *Ángeles Clandestinos. Una memoria oral de Raúl Gómez Jattin*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Dos Santos, F. (2016). *Los costeños tienen más alborotada la libido y la sexualidad*. Entrevista. Al día. Disponible en <http://m.aldia.co/cooltura/entrevista-los-costenos-tienen-mas-alborotada-la-libido-y-la-sexualidad-flavia-dos-santos>
- El'Gazi, L. (1997). *Cien años de la llegada del cine a Colombia: abril 13 de 1897*. Banrepcultural. Red cultural del Banco de la República en Colombia. Disponible en <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-88/cien-anos-de-la-llegada-del-cine-colombia-abril-13-de-1897>
- Fiorillo, H. (2003). *"Poeta desde el tuétano y hasta la inmolación"*. Entrevista a Fiorillo por la Revista *Semana*. 3 de enero. Disponible en <https://www.semana.com/enfoque/enfoque-principal/articulo/poeta-desde-tuetano-hasta-inmolacion/56217-3>
- Fiorillo, H. (2004). *Arde Raúl*. La terrible y asombrosa historia del poeta Raúl Gómez Jattin. Bogotá: La Cueva.
- Gómez Jattin, R. (1995). *Poesía 1980 - 1989*. Colombia: Grupo Editorial Norma.
- Gómez Jattin, R. (2019). *Sobre tu boca muero*. Bogotá: Ediciones San Victorino.
- Gossaín, J. (2007). Entrevista en *"Homenaje a Raúl Gómez Jattin, Emisora HJCK"*. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=Xmz8vYTKPfc>.
- Lledó, E. (2008). *Filosofía y lenguaje*. Madrid: Crítica.
- Rodríguez Núñez, V. (2019). *Raúl Gómez Jattin: La incomodidad hace al poeta*. Buenos Aires Poetry. Pipas passes, 8 de enero. Disponible en <https://buenosairespoetry.com/2019/01/08/raul-gomez-jattin-la-incomodidad-hace-al-poeta-por-victor-rodriguez-nunez/>



Tomas, S. I. (2012). "Representaciones de la mujer en la poesía y las artes visuales: La imagen de la prostituta en Baudelaire y Spilimbergo". VIII *Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria.

